

María Rosa Oliver: apuntes de viaje y crítica cultural

Paula Bertúa
UBA/IEEGE- CONICET

A comienzos de la década del 30, un escenario internacional tenso y complejo –determinado por el avance de los fascismos, los conflictos bélicos europeos y la crisis económica del 29– impactaba en el campo cultural argentino, movilizándolo a escritores, artistas y pensadores a ensayar distintos modos de intervención en una realidad vivida como catastrófica. Guerra, compromiso político, viajes, exilios y nacimiento de la industria cultural son algunas de las coordenadas que dominan el período y, por lo tanto, fecundas líneas de entrada para entender el derrotero vital y expresivo de los intelectuales que intentaron comprender la nueva configuración histórica que se les fue imponiendo. Entender implicaba esencialmente comprometerse. “Para saber hay que tomar posición”, afirma Georges Didi-Huberman en su conocido ensayo dedicado a la figura de Bertolt Brecht (2008: 11). Para el crítico francés, tomar posición significaba, en esa coyuntura, situarse en el tiempo y en el espacio, entrar, afrontar, practicar un enfoque, un

posicionamiento político, y realizar un conjunto de elecciones estéticas.

La escritora argentina María Rosa Oliver formó parte de la comunidad internacional de intelectuales que, atentos a ese contexto conflictivo, intervinieron en diversas zonas culturales. Al igual que otros miembros de los círculos letrados, su vida estuvo pautada por los desplazamientos: entre lugares, entre literaturas y entre lenguas. Para el período considerado, las décadas del 30 y 40, su trayectoria vital e intelectual asumió un carácter particularmente trashumante. Porque circuló por distintos escenarios, se involucró en misiones políticas y colaboró en publicaciones literarias y populares, desarrollando en esos espacios discursivos una prosa alerta a los acontecimientos, desplegando una “poética de la urgencia”. Su adhesión a la causa aliada la llevó a instalarse en Washington como asesora cultural durante el gobierno de Roosevelt, destino al que arribó luego de un largo periplo por diversos países latinoamericanos. Las impresiones de ese viaje se convirtieron en materia narrativa de emisiones radiales destinadas al público local, al tiempo que también colaboró en otros medios de prensa ajenos a los circuitos intelectuales, donde desarrollaba en un tono frívolo y coloquial los contenidos que asumían un tratamiento más solemne en publicaciones especializadas. Entre el compromiso y la evasión, las intervenciones de Oliver ponen de relieve y articulan de forma novedosa dos temas cruciales del período: la responsabilidad de los intelectuales y el papel de la cultura en las modernas sociedades de masas.

I. Corriere del Mare: miscelánea de impresiones

El viaje es una constante que atraviesa la vida de Oliver.¹ Tal es así que los tres tomos que componen sus memorias, además de ser retratos, espejos de sí y del mundo, testimonio o relato de aprendizaje, comparten también características con las narraciones de viaje.² En 1909 la niña Oliver se embarca en el puerto de Buenos Aires para realizar el viaje de rigor que los miembros de su clase hacían a Europa. Ese viaje con fines educativos y terapéuticos (la pequeña ya sufría las consecuencias de la polio) sería el primero de una serie ininterrumpida de desplazamientos diversos a lo largo y a lo ancho de Europa, América y Asia durante toda su vida. No suena extraño entonces que Oliver aceptara colaborar hacia

¹ Algunos artículos, estudios críticos y compilaciones abordan diversos aspectos de los relatos de viaje en la obra de Oliver. Véanse: Noé Jitrik, “Crónicas del viaje a Europa” y María Rosa Oliver, “Estas son las sufragistas” en Noé Jitrik (1969). *Los viajeros*. Buenos Aires. Jorge Álvarez: 11-20 y 77-86; Margarita Pierini “El viaje como iniciación en las memorias de María Rosa Oliver” en Elena Zamudio (Coord.) (2004). *Espacio, viajes y viajeros*. México D.F., Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa/ Ed. Aldus: 122-138; María Rosa Oliver, “El viaje” en Leandro Losada (Selección y prólogo) (2010). *Esplendores del Centenario. Relatos de la elite argentina desde Europa y Estados Unidos*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica: 167-242; Sylvia Sáitta (Selección y prólogo) (2007). *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*, Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica; David Viñas (2008). *Viajeros argentinos a Estados Unidos*. Buenos Aires. Santiago Arcos.

² Las memorias de Oliver jalonan los recorridos medulares de la historia política y social argentina, articulados con el trazado de su biografía intelectual. El primer tomo, *Mundo, mi casa* (1965), abarca los años de la infancia y la temprana adolescencia, ritmados por la historia de su estirpe, los San Martín; el segundo, *La vida cotidiana* (1969), refiere a la primera guerra mundial, la conformación del grupo Sur y, en paralelo, a la militancia política y feminista de Oliver; el último, *Mi fe es el hombre* (1981), alude a la guerra civil española y a la trama cultural de la segunda posguerra.

mediados de los años 30 en un diario de a bordo que se entregaba a los pasajeros de barcos de ultramar. Como viajera experta, entrenada, y en tanto lectora sibarita y voraz seguramente podía comprender a otras almas viajeras y buscar recursos para entretenerlas mientras duraran sus viajes. Entre 1934 y 1947, la escritora colabora en *Corriere del Mare*, una publicación de entretenimiento (de 8 páginas, repartidas en 4 fojas de 44 cm x 30 cm.), editada en varios idiomas –inglés, francés, español–, que se distribuía en los largos viajes en transatlántico de la compañía Sociedad Italiana de Navegación. Al tiempo que informaba sobre noticias mundiales, el periódico dedicaba un espacio para las novedades del barco y el ocio de los pasajeros. Las intervenciones de Oliver en *Corriere del Mare* representan un caso curioso de corresponsalía.³ Porque se trata de un trabajo continuado a lo largo de varios años, tal vez el de mayor constancia, si uno lo compara con sus participaciones en otros medios de la prensa cultural.⁴ Se

³ En el repositorio documental de María Rosa Oliver, alojado en Firestone Library, Universidad de Princeton, se conserva un álbum de recortes que recoge y agrupa sus colaboraciones en *Corriere del Mare*. Dado que los artículos están recortados de la fuente original, la fecha de publicación es aproximada –se enmarca durante el período comprendido entre 1934 y 1947–, tal como se consigna en dicho archivo. Las referencias a los artículos del periódico mencionadas en el presente trabajo provienen todas de: María Rosa Oliver, Scrapbook containing clippings of her published articles, 1934-1947 en *María Rosa Oliver Papers, circa 1899-1977 (bulk 1930-1975)*. box 8. folder 47. Public Policy Papers. Department of Rare Books and Special Collections. Princeton University Library.

⁴ Como es sabido, Oliver fue una de las colaboradoras estables de la revista *Sur*, de la cual fue además miembro fundador y consejera de redacción. Durante los años 30 y 40 también intervino en una serie de publicaciones de izquierda y/o antifascistas: *Argentina. Periódico de arte y crítica*, *Correo Literario*, *Mujeres en la ayuda* (revista de la Junta de la Victoria), *Latitud*, ¡*Mujeres!*, *Órgano de la agrupación femenina antiguerrera*, *POR...Revista de cultura*, *Saber Vivir*, entre otras.

trata también de un trabajo prescindible para alguien que contaba con una solvencia económica suficiente como para sustentarse. Y, por último, dadas las características de la publicación –efímera, precaria, sin reconocimiento alguno– el dudoso rédito que esas colaboraciones le aportaran en el campo intelectual tampoco parece haber sido un aliciente para sostener tal colaboración. Sin embargo Oliver interviene, año a año, con una masa ingente de escritos de diverso tono, temática y género, firmados con nombre propio, con seudónimo (*Americus*, *Una porteña*), con iniciales o sin firma. Como si ese espacio marginal, de cierta anonimia, ajeno a todo lo que no fuera la vida en el barco, y fundamentalmente de la tutela familiar o de los círculos eruditos que frecuentaba, le hubiera permitido experimentar con cierta frivolidad y desenvoltura una prosa también viajera.

Como buena diletante, el ensayo breve de tono ameno, que hace un uso “libre y desenfadado de la lengua”, “esa prosa deliberadamente argentina y coloquial”, al decir de Ricardo Piglia, fue el género que más frecuentó (2005: 120). La gama de las temáticas tratadas se expande desde saberes especializados hasta conocimientos de dominio popular. Una zona significativa la ocupan las reflexiones sobre otros escritores a los que Oliver lee y comenta. La literatura británica, de la que ella era buena conocedora, es motivo de dos notas sobre D. H. Lawrence y una acerca del humorismo de Bernard Shaw respecto de Chesterton. Pero también difunde, por sus lazos evidentes de amistad y también para otorgarles popularidad frente a un público

cosmopolita ávido de noticias americanas, a las figuras del uruguayo Enrique Amorim, a través del cuento “El paisano Aguilar” y a Victoria Ocampo, erigiéndola en agente cultural, nexo entre Europa y América, mujer de “temperamento telúrico”, regido por las leyes de la sangre y de la tierra y la inteligencia objetiva y eficaz que había recibido de los “grandes maestros europeos” (Oliver *ca.* 1934-1947).

Otras notas, probablemente a expreso pedido de la redacción, divulgan costumbres latinoamericanas y argentinas, aspectos culturales e idiosincráticos de estas tierras. Así, se suceden artículos sobre: las “Imágenes serranas”, que se detiene en el paisaje cordobés e instruye sobre su geografía y especies típicas, con una suerte de glosario geográfico (Copacabana, Pajas Bravas, Pencas, Pilcas, etc.). O acerca de la gastronomía local, con comentarios pormenorizados de platos típicos. Como otros memorialistas, la comida en Oliver siempre es un disparador de recuerdos. Al estilo de algunos escritores que se valieron de los placeres del gusto para la inspiración, como Alejandro Dumas, José Lezama Lima o Giuseppe Tomasi di Lampedusa, en sus memorias Oliver reconstruye lo que ha sido el menú casero de una sociedad (Beccacece 2008). Incluso la gastronomía se convierte en vía de entrada a la obra de otros escritores. En “La Minuta de un diplomático-poeta” la escritora se desembaraza rápidamente de tener que disertar sobre la obra más representativa de Alfonso Reyes de este modo: “Comentar su obra entera requeriría un espacio mayor del que disponemos aquí, por lo tanto en esta

pequeña nota olvidaremos su ‘Reloj de Sol’, su ‘Visión de Anahuac’, sus ‘Horas de Burgos’, su ‘Juan Ruteno’, etc. y le daremos a los lectores de *Corriere del Mare* una primicia” (Oliver *ca.* 1934-1947). La novedad consistía en realizar un recorrido *gourmet* por la última *plaquette* del escritor, titulada “Minuta”, un juego poético inspirado en los alimentos cotidianos que se expandía en apartados tales como “Aperitivo”, “El pan en la servilleta” o “Ensalada”.

Ciertos artículos estaban orientados a promocionar actividades de la agenda cultural de Buenos Aires, apuntando a visitantes ocasionales que quisieran recorrer los espacios de la consagración del gusto plástico. Por ejemplo, la “Exposición de cien años de pintura argentina”, daba difusión en tono de breve catálogo razonado a una iniciativa de la Comisión Nacional de Bellas Artes, que proponía reunir en una ambiciosa muestra a las figuras más resonantes de la plástica local. Los paisajes y retratos de Prilidiano Pueyrredón convivían con las composiciones “simples y estilizadas” de Revol, los óleos expresionistas de Fernando Fader y las pinturas del moderno Guttero, “el más verdadero de los artistas, que responde a nuestra sensibilidad actual” (Oliver *ca.* 1934-1947).

Una cantidad importante de las colaboraciones de Oliver para *Corriere del Mare* estaba dirigida a las mujeres, público privilegiado de la miscelánea folletinesca que la publicación ofrecía. Pensando en una lectora cosmopolita –sofisticada a la vez que mundana–, Oliver adaptó su registro a diversos contenidos. Algunas de las notas rescatan a figuras femeninas de gran predicamento en el

mundo cultural del período de entreguerras. “Dos Americanas en París”, dedicado a la escritora Mabel Dodge y a la poeta Gertrude Stein, valora de sus autobiografías el tono familiar y coloquial con que se permitían fisgonear el mundillo de la elite literaria y artística parisina y londinense. Un tono que Oliver remedaría cuando, en el tercer tomo de sus memorias, en el apartado “España peregrina” se refiriera a los intercambios con los círculos antifascistas de intelectuales republicanos emigrados (2008: 77-91). Otro artículo reúne a las famosas actrices Sarah Bernhard y Greta Garbo, musas del teatro y la pantalla grande, a partir del estudio de sus retratos de rostro y cuerpo, tratando de encontrar en sus poses una actitud común que las identificara. Pese a las similitudes físicas en la clase de belleza que ambas representaban, Oliver enfatizaba los tipos diferentes de personalidad que ellas encarnaban, apelando a la vulgata jungiana: mientras Bernhard correspondía al tipo extravertido, Garbo al introvertido (*ca.* 1934-1947).

No sólo Jung era citado y comentado en los estrechos márgenes que una publicación dedicada al entretenimiento podía ceder al psicoanálisis. Algunas referencias dispersas sobre el concepto de “inconsciente” en su vertiente freudiana resuenan en los artículos: “La tercera conciencia” y en “Dos tipos psicológicos” (Oliver *ca.* 1934-1947). El interés que despertaba la moderna ciencia del psicoanálisis se correspondía con la difusión de formas de pensamiento científico por fuera del dominio estrictamente disciplinar. Esos saberes especializados eran leídos y apropiados en otras zonas culturales y por distintos agentes discursivos, como las

publicaciones populares o las revistas femeninas. Y en su trayecto, libres de la contención disciplinar, experimentaban cruces, vulneraciones y metamorfosis cuyas leyes probablemente tenían más que ver con una pragmática de la influencia que con los principios de la disciplina.

Si bien Oliver es citada a menudo como fuente histórica para comprender los debates políticos del período, sobre todo apelando a sus memorias, no es desdeñable su producción ficcional en el género cuento. Por pudor o por falta de oportunidades para compilarlas en un volumen orgánico, esas narraciones breves solo circularon en revistas culturales de la época, en la prensa periódica y también en las hojas de a bordo de *Corriere*. “El dueño del paisaje”, “Las etiquetas” y “Corina y los elementos” son tres de los cuentos que navegaron por los mares: todos ellos de tono intimista y deudores de ciertos recursos del realismo de tinte psicológico. Simultáneamente también publicó máximas y aforismos; los temas son tan variados como solo la literatura de entretenimiento puede resistirlo: baños de sol, belleza femenina, dietas, género policial, intercambio epistolar. A propósito de este último tópico, en uno de sus artículos, “Aforismos afirmativos y negativos sobre las cartas”, la autora se expone con una serie de máximas que expresan en un *entre nos* de viajeros aquello que probablemente no se hubiese atrevido a confesar a los destinatarios de su nutrido epistolario, una extensa galería de personalidades de la cultura y la política con las cuales trabó relación en un momento donde los vínculos intelectuales por correspondencia registraban una especial

intensidad debido a la guerra, los viajes y los exilios. Afirmaciones tales como “El afecto expresado por la carta está siempre a un paso de volverse grandilocuente” o “Muchas personas que al conversar no repiten lugares comunes, parece, sin embargo que hacen acopio de ellos para ponerlos en las cartas” revelan con sinceridad burlona lo que las normas de etiqueta no le permitían enunciar en otros espacios discursivos (Oliver *ca.* 1934-1947).

Con las colaboraciones para *Corriere del Mare* –a caballo entre la crítica especializada y el comentario efectista– Oliver compuso un álbum de recortes, un *corpus* de hojas móviles, que las recoge y agrupa, y donde opera una lógica de análisis cultural. Allí despliega un abordaje de temáticas más amplio, generoso y hasta ecléctico que el que habilitaban las revistas literarias o políticas donde por esa misma época colaboraba. Su tono y su estructura nos remiten a uno de los paradigmas del archivo: el proyecto inacabado de archivo *Das Passagen – Werk (Libro de los Pasajes)* de Walter Benjamin (2005). Como es sabido, esta fue una obra “menor”, también en clave de archivo, que reúne bromas, aforismos, sueños y comentarios, publicados originariamente en la prensa periódica y compilados en *Einbahnstraße (Dirección única)* en 1928.

Pese a que Oliver no concretó la edición de sus misceláneas y privilegió, en cambio, la elaboración de una obra única y orgánica, meritoria de ser publicada: sus memorias; la voluntad de pensar la actividad literaria desde un exceso, por fuera de los escasos márgenes que la disciplina en sentido estricto toleraba, la acercan a los intereses del pensador alemán. Porque los artículos,

comentarios, cartas y panfletos políticos que circularon por todos los medios donde participó se corresponden –quizás más aún que sus obras editadas– con su deseo de intervenir en el seno de la vida social.

II. Rumbo hacia el norte, el interludio latinoamericano

En 1942 Oliver suspendió transitoriamente su colaboración en la revista *Sur*, empresa cultural que la tuvo como una de sus fundadoras y más entusiastas animadoras, para atreverse a una aventura política e intelectual no menos arriesgada: trabajar como asesora cultural en la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos en Washington, durante la gestión de Nelson Rockefeller.⁵ La misión de Oliver, que se extendió hasta 1944 en el marco de la conocida *Good Neighbor Policy*, respondía a la política exterior de Estados Unidos hacia América durante la segunda guerra mundial respecto de las relaciones culturales, el sector de las comunicaciones y los *mass media*. Integrar la región mediante un sistema de seguridad estratégico que contemplara no sólo aspectos económicos y políticos sino también alianzas culturales se imponía

⁵ Con respecto a esta organización, resultan interesantes las investigaciones de Gisela Cramer y Úrsula Prutsch. Véanse: Gisela Cramer (2009). "The Rockefeller Foundation and Pan American Radio" en William Buxton (comp.). *Patronizing the Public: American Philanthropic Support for Communication, Culture, and the Humanities in the Twentieth Century Lanham*. Lexington/ Rowman & Littlefield (*Critical Media Studies*, ed. por Andrew Calabrese): 77-99; Gisela Cramer (2001). "The Office of Inter-American Affairs and the Latin American Mass Media, 1940-1946". *Research Reports. From the Rockefeller Archive Center*. Rockefeller Archive Center. Fall/Winter: 14-16; Gisela Cramer y Úrsula Prutsch (2006). "Nelson A. Rockefeller's Office of Inter-American Affairs and Record Group 229". *The Hispanic American Historical Review* n° 86, vol.4, noviembre: 785-806.

como una maniobra indispensable para bloquear la influencia del Eje, al amparo de una pretendida “solidaridad continental” controlada desde el norte (Cramer 2001: 14). Pero la presunta urgencia de esa tarea, que conminaba a Oliver a ocupar una posición clave como informante de la realidad de América latina frente a la política norteamericana, se fue aplazando. La demora en el recorrido de ida y vuelta –en una coyuntura signada por el avance de los regímenes fascistas y la preocupación por el rol que la cultura debía ocupar como parte del conflicto– parece haber sido tan significativa como su estadía diplomática en el país del norte. Es que, a contrapelo de lo esperado, en su misión no buscó atajos: eligió ir por tierra o navegando, en un recorrido por distintos puntos del mapa cultural latinoamericano y registrando las impresiones de esa deriva en apuntes que volcaría en artículos, ensayos, entrevistas y que, tiempo después, procesaría en clave autobiográfica en sus memorias. Así, Brasil, Chile, Bolivia, Paraguay y México son algunos de los altos geográficos que marcan un trayecto en el que entraron en diálogo y tensión los lazos con la propia tradición, la voluntad de participar en el debate latinoamericano y los posicionamientos políticos frente al escenario internacional.

En varias antologías y compilaciones de estudios críticos sobre escritura de viaje o figuras itinerantes en la literatura latinoamericana, María Rosa Oliver ocupa un espacio destacado y singular. Ya sea por su dilatada trayectoria o por su tenaz permanencia en el campo cultural, sus recorridos –físicos y

textuales— parecen abarcar distintos paradigmas de viajero característicos de los siglos XIX y XX. Oliver compartió con su familia la experiencia del viaje *ilustrado* a Europa, un protocolo de las clases acomodadas para las cuales viajar al Viejo Mundo era un ritual de consumo cultural. Pero también y, en el otro extremo de un trayecto vital que significó a su vez un corrimiento sensible en el arco ideológico, cuatro décadas más tarde la escritora realizaba su viaje a China y a la U.R.S.S. con otros miembros del Partido Comunista, después de haber participado en el Congreso Mundial de los Pueblos por la Paz en Viena (1952). Como un hito intermedio entre el viaje mundano de la infancia y el viaje militante de la madurez, se encuentra el viaje diplomático a Estados Unidos a favor de la causa aliada. Una modalidad de trayecto cultural característico del período de entreguerras, cuando muchos intelectuales forzados a emigrar y exiliarse fueron tejiendo una trama de contactos intercontinentales y gestando proyectos en colaboración.⁶

⁶Álvaro Fernández Bravo recurre al concepto postulado por Walter Mignolo de “red cultural (multipolar o pluriversal)” para analizar este tipo de intercambio. Y ubica a Oliver en una constelación conformada por figuras como Waldo Frank, Alfonso Reyes, Roger Caillois y algunos emigrados españoles. Véase: Álvaro Fernández Bravo (2008). “Introducción a *Mi fe es el hombre*” en María Rosa Oliver. *Mi fe es el hombre*. Buenos Aires. Ediciones Biblioteca Nacional: 19-26; Álvaro Fernández Bravo (2009). “Redes culturales: el latinoamericanismo y sus bordes”, en *VII Congreso Internacional Orbis Tertius*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en línea: <http://viicitclot.fahce.unlp.edu.ar/Members/spastormerlo/actas-del-vii-congreso-internacional-orbis-tertius-1/ponencias/FernandezBravo.pdf> . Respecto de los intelectuales viajeros en el país durante las décadas del 20 al 40, véase también: Gonzalo Aguilar y Mariano Siskind (2002). “Viajeros culturales en la Argentina (1928-1942)” en

En lo que sigue me interesaré no tanto por el destino final del viaje, al cual Oliver dedica un tramo considerable de *Mi fe es el hombre*, el tercer tomo de sus memorias,⁷ sino fundamentalmente por ciertos jalones en un trayecto que puede entenderse, a expensas de la misión concreta cuya meta era sumarse al esfuerzo bélico de USA, como una experiencia cultural amplia que, siguiendo un itinerario un tanto antojadizo, propuso una cartografía personal del escenario latinoamericano. Si, de acuerdo con Beatriz Sarlo, Victoria Ocampo a través de “sus viajes recorre[n] los territorios consolidados de la modernidad y nunca se desplaza hacia los bordes” (1998: 129-130); puede pensarse que, por el contrario, María Rosa Oliver, tan parecida y a la vez tan distinta a su amiga, elige transitar la incomodidad de esos bordes.

Porque pese a los reparos de su madre respecto de la travesía por América, Oliver acepta gustosa “l’invitation au voyage” de su amigo, el crítico René Berger. Así formulado, el convite se enuncia en clave literaria y cosmopolita: cita el título del conocido poema de Baudelaire al tiempo que evoca un episodio de intercambio y mediación cultural: la traducción que de esos versos le dedica Ocampo a Tagore en su quinta de San Isidro dos décadas atrás. La frase es, entonces, contraseña compartida y detalle *snoob*. Sin hesitar y ligera de equipaje, Oliver comienza su itinerario remontando el Paraná en una embarcación precaria que va bordeando las costas de

Jitrik, Noé (Dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*. vol. 6. María Teresa Gramuglio (Dir. del volumen). *El imperio realista*. Buenos Aires. Emecé: 367-389.

⁷A este viaje le ha dedicado unas páginas David Viñas en *Viajeros argentinos a Estados Unidos*, *op. cit.* Véase especialmente el capítulo “Buenos vecinos”: 306-311.

Brasil y Paraguay para continuar en un serpenteante camino hacia el norte.

Para empezar, uno y otro periplo —el latinoamericano y el norteamericano— plantean algunos contrapuntos interesantes de explorar en cuanto a los modos de desplazamiento, las motivaciones y hasta una suerte de *stimmung* viajero que los define. La estadía en Washington y, por extensión, en otras ciudades norteamericanas visitadas por asuntos burocráticos del conflicto bélico transcurre en una serie de “no lugares”: oficinas limpias y confortables de sillones mullidos donde se entrena a los asesores culturales como Oliver para “vender ideas” mientras dure ese contrato que se redefine día a día hasta que finalice la guerra. Un escenario de urgencia y un puesto provisorio “for the duration” (como le insistían diariamente) conforman el marco de desplazamientos precisos, pautados por una agenda atestada de actividades puntuales (conferencias, traducciones, discusión de la propaganda de guerra).

Planteada así —y aunque de modo sintomático Oliver se rehúse a utilizar los términos “rutina” o “burocracia” para relatar su labor en la oficina—, la experiencia norteamericana parece tener muy poco que ver con ese otro itinerario, que prometía desde sus inicios alcanzar “visos de aventura” (2008: 107). Si Washington era “el único lugar a salvo en un mundo en guerra” y la gestión diplomática exigía la evitación del conflicto a fuerza de compartir un enfoque común sobre temas de la agenda internacional; por el contrario, la gira latinoamericana por ciudades tan desconocidas

como eventualmente inquietantes propiciaba el equívoco que, en términos narrativos, rinde su eficacia en el relato de peripecia.

Mi fe es el hombre combina impresiones de viaje, consideraciones geo-políticas y una dosis no menor de aventuras. No son infrecuentes los episodios en que Oliver se coloca como protagonista de situaciones que sugieren intrigas y suspicacias y a las que indefectiblemente reviste de connotaciones políticas. En tren, rumbo a Paso de los Libres, se cruza con oficiales del Ejército alemán e inglés que, con “cara de pocos amigos”, miran su máquina Hermes y el libro que lee su compañero, el popular *Misión en Moscú* de Joseph Davies, que sería llevado al cine por la Warner como film de propaganda durante el gobierno de Roosevelt. En tiempos de radicalismos ideológicos, la portátil y el libro son marcas de identidad; lectura y escritura se convierten en actividades potencialmente sospechadas. El encuentro con los militares no depara mayores inconvenientes pero figurarse como una suerte de cronista de guerra encubierta (tal como muchos de los escritores norteamericanos que admiraba lo fueron) brindaba una imagen a la medida de las circunstancias: antes que como una pieza de la administración bélica, Oliver escoge esta vez representarse como una escritora comprometida que transita por lugares imantados, conflictivos, peligrosos.

Librada al dictamen de sus caprichos, contactos o intereses eventuales –y provista de un manojito de cartas de referencia para la misión en el norte, que le permitían atravesar fronteras geográficas y simbólicas (políticas, de clase)– Oliver trazó una ruta peculiar en

su mapa de América. Seducida tanto por capitales clave como por ciudades periféricas en el reparto de poder e influencia fue conformando una geografía mental con nodos urbanos de importancia relativa y variable. Sus estadías en las metrópolis culturales más importantes del subcontinente, San Pablo, Río de Janeiro o México, transcurren entre encuentros literarios, reuniones políticas y visitas a talleres de artistas plásticos ligados al realismo social. Mario de Andrade, Cândido Portinari, Alfonso Reyes o José Clemente Orozco, por citar algunos, integran una familia de amigos que arman otra cartografía, esta vez de trazo simbólico: el campo cultural. A través de la mirada de Oliver, de esas ciudades conocemos menos su aspecto físico o la distribución de lugares que su vida intelectual. Porque el relato informativo o documental queda reservado para otros enclaves espaciales en los que Oliver no tiene contactos ni planes especiales. La Guayana Británica o Panamá, por ejemplo, son referidas como “colonias atrasadas”, lugares de intercambio de bienes y cuerpos. El título que Oliver le asigna a estos destinos en sus memorias, “escalas” denota la brevedad de su estancia allí cuyo relato opera, sin embargo, como una especie de “probanza de méritos y servicios diplomáticos” diferida que certifica su arrojo al aventurarse a los lugares más inhóspitos, donde nadie deseaba ir.

Las escenas de viaje en Oliver renuncian a una de las premisas habituales que orientan los géneros prototípicos de esta clase de relatos (crónicas, diarios o apuntes): la de simular inmediatez, una conexión directa con el ambiente y las vivencias que impactan en el

viajero. Oliver acude a la instancia del recuerdo, moldeado a través de los años y en virtud de la orientación de los medios en los que publica. Tanto por la distancia temporal que media entre el viaje y su puesta por escrito en las memorias (como se señaló, la misión se desarrolló entre principios y mediados de la década del 40, en tanto que el tercer tomo de la serie autobiográfica se publicó en 1981), como por las formas que asume el relato –con agregados y comentarios inevitablemente “fechados”– la relectura del recorrido latinoamericano aparece atravesada –aún en sus contrastes y contradicciones– por una “voluntad de corrección” o, cuanto menos, por cierto viraje (en parte explicable por los cambios post guerra fría) que expresa dudas insalvables respecto de viejas certezas. Las lealtades políticas cambian de signo o se revela el que tuvieron disimulado⁸ y el rol de los Estados Unidos durante la guerra –bajo el lema de la “Buena vecindad”– aparece severamente cuestionado: “Del imperialismo ustedes tendrán que liberarse solos” (2008: 381) le advierte proféticamente a Oliver Larry Duggan, uno de los funcionarios del Departamento de Estado en Washington, cuando ingresa en la oficina.

⁸ Uno de los casos comentados por Oliver es el de Carlos Lacerda. El escritor y político brasileño había colaborado en la presentación del dossier sobre literatura brasileña en el número especial preparado por Oliver, “Homenaje a Brasil” en *Sur* (septiembre de 1942). Fue miembro del PCB durante la década del 30, pero en los inicios de la segunda guerra mundial ya se había desafiado. Oliver narra este viraje en *Mi fe es el hombre*: “(...) a pesar de que él colaboraba con la embajada y que allí sabían que ahora no pertenecía a ningún partido, como la gente en general lo consideraba comunista desaconsejaban su nombramiento en dicha oficina. Los años, y su actitud política mediante, hicieron del consenso público diera un vuelco total: Carlos Lacerda, gobernador del estado de Niteroi, era considerado un fascista de la peor especie” (134).

La consolidación de los estudios culturales sobre América latina y la circulación de discursos latinoamericanistas en distintas plataformas de discusión conducidas por la *intelligentzia* conforman el marco del viaje de Oliver. Son por demás conocidas las largas sesiones en la casa de Victoria Ocampo que por ese entonces ocupaban a los miembros de *Sur*, y que se publicaban en la sección “Debates sobre temas sociológicos” de la revista. En la reunión del 13 de octubre de 1941, convocada con el tema “¿Tienen las Américas una historia común?”, la discusión sobre la problemática del continente bajo la égida panamericanista enfrentaba a los asistentes en posiciones encontradas respecto de la unidad americana, en un contexto de precipitado derrumbe europeo (Caillois y otros 1941: 83-103). En esa ocasión, Oliver representó un contrapunto a la postura defendida por Margherita Sarfatti, figura controvertida del fascismo italiano, rebatiendo cada uno de sus argumentos. Mientras la italiana se mostraba escéptica respecto de la hermandad latinoamericana y abogaba por una unión espiritual sustentada en un “hibridismo creativo”;⁹ Oliver le contestaba desde la defensa de un nacionalismo americano basado en lo político y atento a las condiciones materiales de existencia. Una orientación similar demostraba en 1945 en el artículo “Viajar por América”, publicado en *Correo Literario* (1944:1). La

⁹Así lo refiere Raúl Antelo en un artículo dedicado al rol de Margherita Sarfatti en las polémicas por el abstraccionismo en Argentina durante la guerra. Véase: Raúl Antelo (2005). “Modernismo reactivo y abstracción” en Andrea Giunta y Laura Malosetti Costa (Comps.). *Arte de posguerra. Jorge Romero Brest y la revista Ver y Estimar*. Buenos Aires. Paidós: 41.

experiencia de su travesía americana, realizada dos años atrás, la convertía en una voz autorizada para recomendar un recorrido por el continente en su totalidad, “sin prevenciones ni prejuicios” (Oliver 1944:1). El viaje europeo de los antepasados y de la infancia ya no era referencia ineludible ni cita prestigiada, sino lastre del pasado, “canto de sirenas” que por generaciones había “hechizado” a los americanos. Para Oliver, la urgencia de la realidad social reclamaba, en cambio, viajar por la “América ignorada” y toparse con la “propia conciencia” porque “en ninguna parte como en América doblan o replican las campanas para uno solo” (1944: 1). Guiño reconocible, entonces, la célebre novela de Hemingway, uno de los “capitanes de la nueva escuela literaria” (1944: 1), que Oliver reseña en *Sur*. Según la escritora, Hemingway era figura faro de los nuevos novelistas porque había respondido al “enloquecedor tañido de las campanas” que se hacían escuchar desde Europa hacia América y “marchó a situarse junto a ese puñado de hombres y mujeres que en España se enfrentó con el fascismo” (Oliver, 1941: 114).

Resulta curioso que, para narrar su viaje latinoamericano desde el ocio de la madurez, a décadas de transcurridos los hechos, en sus memoria Oliver recurra a un atlas viajero tradicional –obliterado en los 40– compuesto por estampas, lugares y experiencias que se habían sedimentado gracias a los viajes europeos. En *Mi fe es el hombre* la referencia universal es ya memoria a largo plazo (la que no se pierde) y un prisma para aprehender y abarcar el mundo sensible y la vida cultural latinoamericana. Las vivencias remotas de

ese trayecto por países vecinos no pueden, entonces, hacerse inteligibles y volverse familiares sino mediadas por la experiencia europea que ayuda a codificarlas retrospectivamente a través de la analogía y la traducción. Así, por ejemplo, el río Uruguay es tan gélido como el Mar del Norte; el frío de San Pablo, londinense y el chocolate que sirven en el Hotel Explanade, comparable con el que preparaban en la única chocolatería de París; o la casa del escritor Aníbal Machado en Río de Janeiro, un espacio donde “muy gideanamente se barajaban ideas sobre literatura” (Oliver 2008: 136). Modismos de clase que persisten, quizás y a pesar de Oliver misma, como *clichés* involuntarios.

Me interesa referirme a una compilación singular, resultado de la edición impresa de una serie de discursos radiales que Oliver pronunció en 1945, como parte de las actividades impulsadas por la Comisión Argentina de Fomento Interamericano. El compendio se llama *América vista por una mujer Argentina* y fue contemporáneo a los artículos en revistas culturales que mencioné anteriormente, sin embargo por el recorte de lo narrado, el tono empleado y el posicionamiento respecto de ciertos temas de importancia en la coyuntura histórica parece improbable que hubiese sido forjado desde el mismo horizonte sensible. La perspectiva abarcadora sugerida por el título se frustra rápidamente cuando comprobamos que los artículos contenidos en él expresan menos voluntad de integración americanista que ponderación de Estados Unidos como verdadero “centro del mundo occidental”, en palabras de Juan Salzmán, el empresario textil que prologa el

escrito. Porque a las ciudades latinoamericanas de la travesía previa a llegar al país del norte Oliver les dedica un escaso aunque significativo margen. De su paso por lo que titula “El trópico” dice lo siguiente:

Mi primer[a] escala en zona tropical fue Trinidad, Guayana Británica. En la luz azul intensa del anochecer, luz casi de escenario, el automóvil que nos llevaba del aeropuerto al hotel, corría entre grupos de negros, negras y negritos vestidos con trajes multicolores, llevando grandes sombreros de paja. Las casas bajas, de madera o de adobe, también son multicolores y los árboles y arbustos lucen grandes flores rojas, violetas y amarillas. Esa masa humana tiene algo de carnaval; ríe con risa más animal que infantil; no logro poder llamarle pueblo; al placer estético que su vista me causa se mezcla una sensación extraña, angustiosa, deprimente... (Oliver 1945: 34).

La escena, por demás elocuente en la representación del otro colonizado, recuerda, por el pintoresquismo del paisaje y la experiencia de asco que provocan esos cuerpos, algunos fragmentos de *En Viaje* (1883) de Miguel Cané dedicados a la fiesta de negros en La Martinica. Pese a las obvias diferencias que pueden establecerse entre el *gentleman* del 80 y Oliver, los dos encuentran en lo carnavalesco una clave para asimilar esa escena que les atrae en la misma medida que les repugna. Cierta asombro entre divertido e incómodo y un rechazo esencial: un paternalismo despreciativo por demás característico de ciertas elites. Y una actitud que probablemente poco les haya importado a las oyentes

que escuchaban las charlas radiales de Oliver. Porque, claro está, que al margen del decurso que por ese entonces seguía la política internacional, lo que las seguidoras esperaban era que esa mujer de mundo les contara, con una pizca de displicencia, cómo era viajar en avión, vestir a la moda o encontrar localidades en Broadway. La actuación de Oliver en el corto siglo XX, para usar las palabras de Eric Hobsbawm (1995), demuestra que la escritora fue evidentemente una mujer de su clase y de su tiempo, y estuvo expuesta a contradicciones que los años han vuelto indisimulables.

III. Sintonías e interferencias de un viaje

Como he adelantado, en 1945 María Rosa Oliver ofreció charlas radiales, auspiciadas por la Comisión Argentina de Fomento Interamericano, en las que narraba a los oyentes su viaje por América. A dos años de reinstalada en Buenos Aires, y luego de su asesoría para el gobierno de Roosevelt, Oliver pronunciaba esos discursos para una audiencia curiosa que esperaba saber más acerca del país del norte.

Las intervenciones radiales de Oliver se enmarcaban en un proyecto mayor de radiodifusión, creado por la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos, para promover intereses propagandísticos norteamericanos, durante el periodo de la segunda guerra mundial. En la Argentina esa tarea estuvo delegada a representaciones regionales, como lo era la Comisión Argentina de Fomento Interamericano, quien auspiciaba las emisiones radiales en las que intervenía Oliver. Como parte de las

estrategias de guerra del gobierno de Estados Unidos, la Oficina se encargó de difundir los idearios estadounidenses sobre la guerra, con la intención de buscar aliados y construir una imagen positiva de la cultura y la civilización norteamericana dirigida a la población de los países de América latina, además de clausurar espacios propagandísticos a los países del Eje, en especial a Alemania.

Como ha sido estudiado, el periodo comprendido entre ambas guerras mundiales se caracterizó por un flagrante retroceso del liberalismo político, proceso que se precipitó con la llegada de Hitler al poder en 1933. El fascismo amenazaba la civilización liberal y representaba un movimiento de posible alcance mundial. Esta idea generaba una preocupación creciente en el gobierno de Estados Unidos y en la opinión pública del país en general (Montoya Cárdenas 2009: 235). Al tiempo que Washington evitó en los años 30 involucrarse de forma decisiva en el escenario europeo y ciertos sectores nacionales reclamaban aislacionismo, los Estados Unidos incrementaron su nivel de participación en Latinoamérica, buscando con ello consolidar su zona de influencia (Smith 2000: 66-67).

Así, Franklin Delano Roosevelt impulsó la llamada *Good Neighbor Policy* (1933-1945), que procuró mejorar las relaciones con América latina en las áreas política y económica. Con respecto a lo político se buscó generar confianza con la promesa de la “no-intervención”; en cuanto a lo económico se trató de lograr un acercamiento comercial como parte de una estrategia para superar la crisis económica, trabando nuevos convenios comerciales con los

estados latinoamericanos. En el plano cultural, ante la amenaza de la guerra, Roosevelt creó La Oficina para la Coordinación de Relaciones Comerciales y Culturales entre las República Americanas, antecesora de la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos (OIAA) (Cramer y Prutsch 2006: 786).

La OIAA difundió la mayoría de la propaganda estadounidense hacia América latina, a través de tres medios de comunicación masiva: prensa, cine y radio. En los países donde tenía representación, Argentina, Uruguay, México, Brasil, entre otros, las delegaciones diplomáticas locales continuaron con la línea ideológica que se barajaba desde el norte respecto del papel de los Estados Unidos en la guerra. La oficina contrató, como asesores y empleados, a profesionales reconocidos o influyentes de cada país en un abanico de áreas de actuación, entre ellas del campo intelectual, la comunicación y las artes, de donde provenía Oliver. En *América vista por una mujer argentina*, que compila las charlas informales destinadas a los radioescuchas argentinos, se puede rastrear, en el discurso de Oliver, los juegos de adhesión y distanciamiento respecto de los lineamientos de la política cultural norteamericana.

Desde las palabras iniciales en el prólogo, Alejandro E. Shaw, Presidente de la Comisión Argentina de Fomento Interamericano, se anticipaba a los posibles diferendos que Oliver pudiera tener con respecto a distintas políticas de la sociedad norteamericana, pero rápidamente lo salvaba, elogiando la pujanza de la potencia del norte:

El lector que no haya estado en Estados Unidos, los conocerá –gracias a estas páginas– en su magnífica y variada expresión. Verá a hombres como el Vicepresidente de la República, Henry Wallace, o el Coordinador de Asuntos Interamericanos, posteriormente Subsecretario de Estado, Nelson Rockefeller –figuras altamente representativas del Gobierno– y junto a ellos alumnas de universidades, obreras de las fábricas, miembros femeninos de las fuerzas armadas, escritores y la gente común de la calle. Toda la gama está representada y todo ha sido analizado. *No se le escapan, cuando los hay, los defectos, pero éstos en seguida son explicados colocándolos en relación con las magníficas cualidades de un pueblo joven en expansión* (Shaw en Oliver 1945: 10).¹⁰

Las audiciones radiales de Oliver se estructuraron en base a su recorrido por América, desde y hacia Estados Unidos, pero pese a la amplitud sugerida por el título, el país del norte acaparó la mayoría de los capítulos. Excepto un par de ellos destinados a Brasil o El trópico como escalas en su camino el resto se refiere, casi exclusivamente, a sus impresiones de Estados Unidos en el contexto de la guerra. Presumiendo un auditorio mayoritariamente femenino, Oliver orientó su discurso hacia temas que resultaran de interés para aquellas mujeres que sólo se habían hecho una imagen del país a través de los productos de la cultura de masas: el cine, las revistas de moda o los medios de actualidad. Desde el estilo

¹⁰ El subrayado es mío.

arquitectónico de Nueva York hasta los consejos para viajar en avión, un medio aún no popularizado de transporte, la prosa de Oliver abunda en detalles, precisiones, juicios estéticos, advertencias. En contraste con las imágenes idílicas de la gran manzana, dominada por escaparates, tiendas de lujo, autos de colección y edificios descomunales, la escritora dedicó dos charlas al papel concreto y urgente de las mujeres durante la guerra. Evocando las célebres palabras de una escritora a la que Oliver admiraba, Virginia Woolf, quien atribuía críticamente la responsabilidad de las guerras a los varones, comenzaba su audición “Las mujeres norteamericanas durante la guerra I” del modo siguiente:

Siempre se ha dicho: “La guerra es asunto de hombres” ¡Qué mentira! Descartando los torneos medievales nunca ha sido *únicamente asunto de hombres*. Nunca, ya ahora menos que nunca. Si por guerra se entiende la declaración de guerra, eso sí ha sido asunto de hombres: privilegio que no les envidiamos; que lo conserven, por lo menos así podremos esperar que con la participación de la mujer en la vida política las posibilidades de guerra disminuirán un cincuenta por ciento (Oliver 1945: 57).

Con ánimo de valorizar el papel que las mujeres de distintas profesiones, oficios y condiciones habían desempeñado durante la guerra, Oliver comenzaba su relato con la definición de figuras que en el ámbito local eran sencillamente desconocidas: las WAACS,

auxiliares femeninas del Ejército, las WAVE, auxiliares de la Marina, y las WAFE, auxiliares del Transporte Aéreo, también rescataba el papel de las mujeres trabajadoras en la fábrica, en el campo, las amas de casa y hasta las actrices de cine que, al grito de “¡Ayude usted al Tío Sam; ayude a ganar la guerra; compre bonos y más bonos!” (1945: 61), colaboraban con los aliados. Como apunta Dora Barrancos, en el período de entreguerras en Argentina las mujeres se habían incorporado al trabajo en un abanico de actividades, aunque predominantemente en el comercio y en algunas ramas como la textil, la vestimenta, el calzado, la administración y los frigoríficos (1999: 199). Sin embargo ese crecimiento exponencial estaba rezagado respecto de las nuevas funciones que, en el contexto bélico, las mujeres europeas, asiáticas y norteamericanas habían debido asumir de urgencia. De modo que las nuevas configuraciones y roles femeninos que Oliver exponía probablemente hayan despertado la curiosidad de las radioescuchas porteñas.

Respecto de las relaciones entre Estados Unidos y los países latinoamericanos, el discurso de Oliver presenta ciertos dobleces y matizaciones. Y en algunos giros expresa una incomodidad en asumir plenamente las bondades de la llamada “Política de la Buena Vecindad”. Probablemente comprometida por el marco institucional que tuvieron sus charlas radiales, las ponderaciones a los artífices de la política cultural no se hicieron esperar. Tres figuras importantes, “leaders del buen entendimiento” tienen un trato preferencial y se los homenaja en orden creciente de

importancia y jerarquía. A Leo Rowe, el fundador y presidente de la Unión Panamericana, se lo describe como cordial, generoso, paternal y preocupado porque la gente de las tres Américas se entienda. A Nelson Rockefeller, el coordinador de asuntos interamericanos, se lo perfila como un ser abnegado, cordial, con aspecto de campeón universitario en deportes: rasgos físicos y morales contribuyen a delinear la imagen de una figura de atributos heroicos. Por último, a quien Oliver dedica una emisión entera, el ex vicepresidente Henry Wallace, conjuga las cualidades necesarias para ser “una mezcla de Abraham Lincoln y Gary Cooper”, combinación si no imaginable, al menos identificable en sus componentes. Para reforzar las estrategias de *captatio benevolentiae*, en vistas a un público que poco sabía de política cultural y de relaciones internacionales, Oliver recurre a un lema de campaña de Wallace, la idea del *common man*, el hombre de la calle, ese a quien el ex presidente había dirigido sus esfuerzos.

Pero no sólo consistió en elogios o panegíricos la retórica de Oliver. En algunos tramos de sus charlas, casi en tono de confidencia, se filtraban sus dudas insalvables acerca de las buenas intenciones de las políticas dirigidas al Sur del Río Grande, como solían llamar a los vecinos, y sobre el buen entendimiento. La última audición radial se titula “Pobres y ricos en Nueva York”. Luego de una decena de locuciones, el tono de Oliver adquiría cierta soltura y se permitía comenzar, por ejemplo, con preguntas de las oyentes, Alba Pastore de Capital y María Élide Garay, de Tandil. Las dos preguntaban por cuestiones relativas a las clases

sociales o al sector obrero estadounidense, temas soslayados en las emisiones anteriores. Modulando hábilmente las imágenes que podía dar por radio, en una emisión promocionada por oficinas de propaganda, Oliver se permitía dejar entrever los saldos que la guerra había dejado en los más vulnerables, las masas, el “hombre común”.

Durante las décadas doradas del desarrollo de la industria cultural –las que coinciden con las guerras mundiales, las construcciones políticas opacas, las empresas gigantescas y el surgimiento de nuevos ideales revolucionarios– María Rosa Oliver circuló por diversos espacios físicos y discursivos: fue una embajadora cultural que viajó incansablemente a lo largo del continente americano. Como correlato de esos desplazamientos practicó una prosa también viajera. Sus colaboraciones en la prensa de entretenimiento o en el universo de la radiofonía fueron algunas de esas intervenciones de ocasión, observaciones sueltas, reflexiones al pasar y, como tales, carecieron de un sistema o historia donde incrustarse. Fueron efímeras por su soporte y circulación pero también, y a la vez, trabajaron sobre lo efímero mismo. Fueron afines al ritmo de la vida, que no se vive como autobiografía o novelón, sino de a saltos, en un tiempo fugaz. Mediante esas misceláneas y comentarios Oliver apresó los rastros que iba dejando en el mundo. Esas huellas nos permiten hoy trazar un mapeado alternativo de sus derroteros, armar una biografía –paralela a la de sus memorias– donde lo que despunta no es ya la retrospección

sino la condensación de una vida en algunos momentos intensos y precisos.

Bibliografía

- Aguilar, Gonzalo y Mariano Siskind (2002). “Viajeros culturales en la Argentina (1928-1942)” en Jitrik, Noé (Dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*. vol. 6. María Teresa Gramuglio (Dir. del volumen). *El imperio realista*. Buenos Aires. Emecé: 367-389.
- Antelo, Raúl (2005). “Modernismo reactivo y abstracción” en Andrea Giunta y Laura Malosetti Costa (Comps.). *Arte de posguerra. Jorge Romero Brest y la revista Ver y Estimar*. Buenos Aires. Paidós: 37-49.
- Barrancos, Dora (1999). “Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras” en Fernando Devoto y Marta Madero (Dirs.). *Historia de la vida privada en Argentina*. Tomo 3. Buenos Aires. Taurus: 198-225.
- Beccacece, Hugo (2008). “Una alquimia sustanciosa” en *La Nación*, sábado 1 de noviembre. Disponible en línea:
http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1064908.
- Benjamin, Walter (2005). *Libro de los Pasajes*. Madrid. Akal.
___ (1968). *Dirección única*. Madrid. Alfaguara.
- Caillois, Roger y otros (1941). “¿Tienen las Américas una historia común?”. *Sur* 86: 83-103.
- Cané, Miguel (2005) [1883]. *En viaje*. Caracas. Fundación Biblioteca Ayacucho (presentación Oscar Rodríguez Ortíz).
- Cramer, Gisela (2001). “The Office of Inter-American Affairs and the Latin American Mass Media, 1940-1946”. *Research Reports. From the Rockefeller Archive Center*. Rockefeller Archive Center. Fall/Winter: 14-16.

Cramer, Gisela y Úrsula Prutsch (2006). "Nelson A. Rockefeller's Office of Inter-American Affairs and Record Group 229". *The Hispanic American Historical Review* n° 86, vol.4. noviembre: 785-806.

Cramer, Gisela (2009). "The Rockefeller Foundation and Pan American Radio" en William Buxton (Comp.). *Patronizing the Public: American Philanthropic Support for Communication, Culture, and the Humanities in the Twentieth Century* Lanham. Lexington/ Rowman & Littlefield (*Critical Media Studies*, ed. por Andrew Calabrese): 77-99.

Didi-Huberman, Georges (2008). *Cuando las imágenes toman posición. El ojo de la historia, I*. Madrid. A. Machado Libros.

Fernández Bravo, Álvaro (2008). "Introducción a *Mi fe es el hombre*" en María Rosa Oliver. *Mi fe es el hombre*. Buenos Aires. Ediciones Biblioteca Nacional: 19-26.

___ (2009). "Redes culturales: el latinoamericanismo y sus bordes", en *VII Congreso Internacional Orbis Tertius*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en línea: <http://viicitclot.fahce.unlp.edu.ar/Members/spastormerlo/actas-del-vii-congreso-internacional-orbis-tertius-1/ponencias/FernandezBravo.pdf>.

Hobsbawm, Eric (1995). *La era de los extremos. El corto siglo XX: 1914-1991*. Madrid. Crítica.

Jitrik, Noé (1969). *Los viajeros*. Buenos Aires. Jorge Álvarez.

Montoya Cárdenas, John (2009). "La propaganda estadounidense en la radio barranquillera durante la Segunda Guerra Mundial 1942-1945" en *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, vol. 6, n° 11, noviembre: 233-261.

Oliver, María Rosa (ca. 1934-1947). Colaboraciones para *Corriere del Mare*. Sociedad Italiana de Navegación, Génova.

___ (1941). “Ernest Hemingway: *From Whom the bell tolls*”. *Sur* n° 76: 111-120.

___ (1944). “Viajar por América” *Correo Literario*, a. 2, n° 25, 15 de noviembre: 1-2.

___ (1945). *América vista por una mujer argentina*. Buenos Aires. Salzmann y Cía.

___ (1995) [1965]. *Mundo, mi casa*. Buenos Aires. Ediciones de la Flor.

___ (1969). *La vida cotidiana*. Buenos Aires. Sudamericana.

___ (2008) [1981]. *Mi fe es el hombre*. Buenos Aires. Ediciones Biblioteca Nacional.

___ (2010). “El viaje” en Leandro Losada (Selección y prólogo). *Esplendores del Centenario. Relatos de la elite argentina desde Europa y Estados Unidos*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica: 167-242.

Piglia, Ricardo (2005). *El último lector*. Barcelona. Anagrama.

Sáitta, Sylvia (selección y prólogo) (2007). *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Sarlo, Beatriz (1998). *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires. Abril.

Smith, Peter (2000). *Talons of the eagle: dynamics of U.S.-Latin American relation*. New York. Oxford University Press.

Viñas, David (2008). *Viajeros argentinos a Estados Unidos*. Buenos Aires. Santiago Arcos.

Versión digital: www.celarg.org